El drama de la inteligencia en Paul Valéry

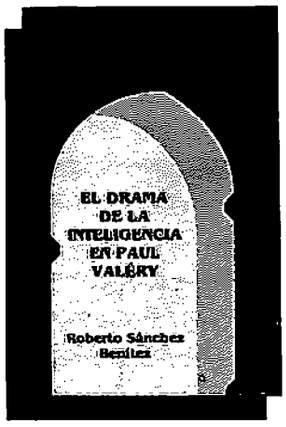
Antonio Cajero

El trabajo poético de Paul Valéry ha servido para opacar otras formas de manifestación de su pensamiento; vale decir, por ejemplo, que su labor crítica en torno de diversas producciones artísticas (como la danza, la música y la arquitectura), así como su quehacer estético-filosófico han sido soslayados y, en ocasiones, hasta censurados debido a las oscilaciones conceptuales derivadas de los *Cuadernos*, obra monumental y especie de diario de la inteligencia, escritos desde 1894 hasta 1945, año en que muere.

Esas más de 26 000 páginas muestran la evolución y la mutabilidad del pensamiento en Valéry y no tanto una propuesta uniforme y metódica. Esta característica que permea los *Cuadernos* puede extenderse a la concepción del autor de *Monsieur Teste* sobre la inteligencia: ésta sólo puede enfrentarse consigo misma (después de todo es un rasgo de su absolutidad), no con el instinto ni con la sensibilidad o la sexualidad como algunos supondrían; pero de este enfrentamiento no puede surgir sino la alteridad y, por lo tanto, su constante "transformación siempre en acto".

Además, como ser especular, el hombre dramatiza aquello que es y cuanto habría querido ser. El hombre, entonces, acude a su propia multiplicación, como espectador y como actor(es), en un teatro donde la indefinición es la constante. En torno de esta idea gira un estudio riguroso de Roberto Sánchez Benítez: *El drama de la inteligencia en Paul Valéry*. Es ésta más que una introducción en la obra del polígrafo francés, porque Sánchez Benítez busca, y en muchos momentos lo logra, esclarecer la filosofía literaria (o literatura folosófica) de Valéry a partir de una supuesta dramatización en que la inteligencia dialoga consigo misma, espacio en que el Yo es Otro: "Representarse a alguien es el don mayor de un escritor", dice Valéry, y en otro momento: "el mismo yo hace papeles muy diferentes".

Por una parte, *El drama de la inteligencia en Paul Valéry* sistematiza el pensamiento valeriano en cuanto es "sistematizable", pues sería un absurdo ordenar aquello que Valéry prefería desordenadamente indefinido; por otra, hay un afán evidente de poner en escena, en diálogo constante, la obra de Valéry consigo misma. No falta el sustento crítico y teórico alrededor del autor de *El cementerio marino*; al contrario, resulta esclarecedor el método expositivo de Sánchez Benítez: el empeño analítico-sintético, el discernimiento, la contrastación y el juicio convergen en el desarrollo del texto.



Antonio Cajero. Concluyó los estudios de Maestría en Estudios Latinoamericanos (UAEM). Ha colaborado en varios diarios locales y nacionales. La editorial La Tinta de Alcatraz publicó su libro *Espejo de agua*.

Paul Valéry, en palabras de Sánchez Benítez, encontró en Leonardo da Vinci el modelo de inteligencia que deseaba para sí; aquél, más allá de la poesía, cultivó las matemáticas, la estética y la filosofía: quiso ser un enciclopédico, como los renacentistas, y alimentar la inteligencia por la inteligencia misma. Asimismo, émulo de Mallarmé y admirador de Poe como de Baudelaire, Valéry tuvo en Descartes la fuente principal de su racionalismo. En Proteo (mito por excelencia de la mutación), Fausto (en quien la inteligencia encarna y también la decepción) y Monsieur Teste (personaje ficticio) Valéry halló otras representaciones de sí mismo: es esta dramatización la que, de alguna manera, priva en la inteligencia valeriana porque, como lo consideraron los fenomenólogos, el Otro está en el *Sí mismo*. Escribe Sánchez Benítez: "No cabe duda que los «personajes» de Valéry tienen la función de ser un *alter ego* de él mismo; son los «portavoces» de las inquietudes intelectuales que le ocupaban de momento, pero también de las circunstancias en las que tuvieron lugar".

Estas imágenes mentales o actores implican un juego de sustituciones psicológicas, pues la inteligencia se constituye, como lo observa Sánchez Benítez, en razón del cambio perpetuo; así, "la inteligencia presenta una apariencia de conservación indefinida". Es ésta una manera de decir que el espíritu sólo existe en movimiento, en el *continuum* del flujo temporal. El mismo Valéry consideró que "*la obra del espíritu sólo existe en acto*. Fuera de este acto, lo que permanece no es más que un objeto que no ofrece ninguna relación particular con el espíritu".

El *Drama de la inteligencia en Paul Valéry* se divide en cuatro partes estrechamente relacionadas, lo cual habla de un trabajo unitario. De esta manera, "Inteligencia, Renacimiento y Modernidad" sirve para enmarcar, en el ámbito de la modernidad, la obra de Valéry; asimismo permite acceder a los orígenes del pensamiento moderno y, más aún, dilucidar algunos conceptos valerianos como el artista y el filósofo, el cuerpo y el alma, el lenguaje y el pensamiento, lo bello y la belleza o el pensar y el obrar (hacer).

El segundo capítulo, "Del cambio y la permanencia en el espíritu", sitúa a Valéry en el tiempo y en el espacio; esto permite, por una parte, asistir a una época cuya constante es el cambio, la violencia manifiesta y la pérdida de la esperanza en el futuro. Testigo de dos guerras mundiales, así como del caos en todos los campos (político, económico, social y artístico) Valéry se percató de que el hombre siempre será una posibilidad y, en esa medida, se pronunció en favor de la indefinición del ser; por otra, se alude a aspectos relacionados con la inteligencia y que, por ello, la involucran: el tiempo, la memoria y la mutabilidad.

En "El Valor Absoluto de la Inteligencia" Sánchez Benítez toma como pilar de su análisis los textos en que interviene Monsieur Teste, modelo de inteligencia en que Valéry vertió buena parte de sus propios pensamientos; Teste es producto de un exceso de vitalidad, anota Valéry, "una especie de desbordamiento de la energía interna". Valéry llega a identificar a Teste con la conciencia, con el *Mí mismo*. Aduce Sánchez Benítez que en Monsieur Teste se radicaliza lo posible como un drama interior, el drama mismo de Paul Valéry. Después de todo, "la conciencia es pura variación".

Por último, en "El «moi pur» y la personalidad" se opone la conciencia pura a la personalidad. Mientras que la primera no puede darse a sí misma una imagen definitiva, la segunda se refiere a ese alguien a que no debe aspirarse sino en la medida en que sea una imagen momentánea de la transformación; por ello la conciencia sólo aspira a ser sí misma. Al final, Sánchez Benítez establece una serie de características para lo que es puramente accidental, la personalidad, y lo que debe considerarse como absoluto, la conciencia.

Valéry decía que "la filosofía más auténtica no se encuentra tanto en los objetos de nuestra reflexión, como en el acto mismo del pensamiento y en su ejercicio". Y el autor de *El drama de la inteligencia en Paul Valéry* se esmera en mostrar los resortes y los engranes que mueven la inteligencia valeriana, su "mecánica"; también sumerge al lector, por medio de la precisión y el ejemplo, en un modelo de inteligencia, la del devenir y la mudanza constante.

Después de todo fue Valéry quien sostuvo, durante toda su vida intelectual, que vivimos un puro drama, el encuentro y desencuentro con nosotros mismos: "Vivimos solamente de ficciones, que son nuestros proyectos, nuestras esperanzas, nuestros recuerdos, nuestras pesadumbres, etcétera, y nosotros somos una perpetua invención".Δ

Roberto Sánchez Benítez, *El drama de la inteligencia en Paul Valéry*, UAEM, Toluca, 1997, 231 pp.